

en un éxtasis inefable ocupado "en verla!" ¿Y contento, de qué? Lo ignoro. En tales momentos, si su rostro estaba inundado de luz, se operaba en él no sé qué fenómeno que lo hacía resplandecer; el imperceptible vello que dora su piel delicada y fina trazaba suavemente sus contornos con la gracia que admiramos en las líneas lejanas del horizonte cuando las ofusca el sol. Parecía que la luz la acariciaba uniéndose á ella, ó que de su radiante rostro se escapaba una luz más viva que la misma luz; luego, pasando una sombra por ese dulce rostro producía en él una especie de color que variaba sus expresiones al cambiar sus tintas. De pronto parecía pintarse un pensamiento en su frente alabastrina; sus ojos parecían enrojecerse, sus párpados vacilaban, sus facciones ondulaban, agitadas por una sonrisa; el coral inteligente de sus labios se animaba, se desplegaba y replegaba; no sé qué reflejo de sus cabellos difundía tonos oscuros sobre sus frescas sienes; á cada accidente, había hablado. Cada matiz de belleza comunicaba nuevas alegrías á sus ojos, revelaba gracias desconocidas de mi corazón. En todas esas fases de su rostro quería yo leer un sentimiento, una esperanza. Estos discursos mudos penetraban de alma en alma como un sonido en el eco, y me prodigaban goces pasajeros que me dejaban impresiones profundas. Su voz me causaba un delirio que me costaba trabajo reprimir. Imitando á no sé qué príncipe de Lorena, habría podido no sentir un carbón hecho ascua en la palma de la mano mientras ella me hubiera pasado por los cabellos sus dedos halagadores. No era ya una admiración, un deseo, sino un encanto, una fatalidad.

A menudo, recogido ya en mi casa, veía indistintamente á Fedora en la suya, y participaba vagamente de su vida. Si ella estaba indispuesta, yo también lo estaba, y al día siguiente le decía:—Ha estado usted enferma.— ¡Cuántas veces se me ha aparecido en medio del silencio de la noche, evocada por el poder de mi éxtasis! Ora, repentina como una luz que brota, hacía caer la pluma de mi mano, espantaba á la Ciencia y al Estudio que huían desolados, y me obligaba á admirarla en la actitud incitante en que la había visto poco antes; ora, salía yo mismo á su encuentro en el mundo de las aspiraciones, y la saludaba como una esperanza, pidiéndole que me dejara oír su voz argentina, y luego me despertaba llorando. Cierta día, después de haberme prometido ir al teatro conmigo, de pronto se negó caprichosamente á salir, y me rogó que la dejase sola. Desesperado de una contradicción que me costaba un día de trabajo, y ¿por qué no decirlo? mi último es- cudo, fui á donde ella debiera estar, queriendo ver una comedia que ella había deseado ver. Apenas sentado, recibí una descarga eléctrica en el corazón. Una voz me dijo:—Está ahí.—Me vuelvo, y veo á la condesa en el fondo de su palco de platea, oculta en la sombra. Mi mirada no vaciló, mis ojos la encontraron desde luego con fabulosa lucidez, mi alma había volado hacia su vida como un insecto vuela hacia su flor. ¿Por qué habían recibido mis sentidos aquel aviso? Hay estremecimientos íntimos que pueden sorprender á las personas superficiales, pero estos efectos de nuestra naturaleza interior son tan sencillos como los fenómenos habituales de nuestra visión exterior; por eso no me admiré, pero sí me enfadé. Mis estudios sobre nuestra po-

tencia moral, tan poco conocida, servían al menos para que encontrara en mi pasión algunas pruebas vivientes de mi sistema. Este maridaje del erudito y del enamorado, de una verdadera idolatría y de un amor científico, tenía algo de extraño. La Ciencia estaba á menudo contenta de lo que desesperaba al amante, y cuando creía triunfar, el amante rechazaba contento á la Ciencia. Fedora me vió y se puso seria; sin duda yo la contrariaba. Durante el primer entreacto fui á visitarla: estaba sola y me quedé á su lado. Aunque jamás habíamos hablado de amor, presentí una explicación. Yo no le había dicho aún mi secreto, y sin embargo, existía entre nosotros una especie de espera; ella me confiaba sus proyectos de diversiones y me preguntaba la vispera con una especie de interés amistoso si al día siguiente iría yo á verla; me consultaba con una mirada cuando decía una frase ingeniosa, como si hubiera querido agradarme exclusivamente; si yo parecía malhumorado, se mostraba cariñosa; si se fingía enfadada, me asistía en cierto modo el derecho de preguntarle la causa de su enfado, y si yo cometía una falta, dejaba que la suplicara mucho tiempo antes de perdonármela. Estas disputillas, á las que nos habíamos aficionado, estaban impregnadas de amor. ¡Hacia gala de tanta gracia y tanta coquetería, y á mí me satisfacían tanto! En aquel momento quedó suspendida de pronto nuestra intimidad, y nos quedamos juntos como dos extraños. La condesa estaba glacial: yo presentía una desgracia.—Me acompañará usted, me dijo cuando acabó la función.—El tiempo había cambiado de pronto, y caía una nevada mezclada de lluvia. El coche de Fedora no pudo llegar hasta la puerta del teatro. Al ver una

mujer bien vestida obligada á cruzar la calle, un mandadero nos tapó con su paraguas, y cuando subimos al carruaje reclamó el precio de su servicio. Yo no llevaba dinero: habría dado diez años de vida por tener dos sueldos. Un dolor infernal detrozó todo cuanto constituye el hombre y sus mil vanidades. Pronuncié estas palabras:—Amigo, no llevo suelto,—con acento duro que pareció emanar de mi pasión contrariada; palabras dichas por mí, hermano de aquel hombre, por mí, que conocía tan bien la miseria, por mí, que años antes había dado setecientos mil francos con tanta facilidad! El lacayo desvió al mandadero, y los caballos partieron al galope.

Por el camino, Fedora, distraída ó fingiendo estar preocupada, respondió con desdeñosos monosílabos á mis preguntas, por lo cual guardé silencio. Fué aquel un rato horrible. Llegados á su casa, nos sentamos junto á la chimenea. Cuando el criado se retiró, después de atizar el fuego, la condesa se volvió hacia mí con expresión indefinible, y me dijo con cierta solemnidad:—Desde mi regreso á Francia, algunos jóvenes han aspirado á mi fortuna, he recibido declaraciones amorosas que habrían podido satisfacer mi orgullo, encontrado hombres cuya adhesión era tan sincera y tan profunda, que se habrían casado conmigo, aunque yo hubiese sido tan pobre como lo fui en otro tiempo. En fin, sepa usted, señor Valentín, que se me han ofrecido nuevas riquezas y títulos nuevos; pero ha de saber también que nunca he vuelto á ver á las personas bastante mal inspiradas para hablarme de amor. Si el afecto que le tengo á usted fuese ligero, no le haría una advertencia en la cual hay más amistad que or-

gullo. Toda mujer se expone á recibir una afrenta, cuando, creyéndose amada, se niega de antemano á admitir un sentimiento siempre lisonjero. Conozco las escenas de Arsinoe, de Araminta, por lo cual me he familiarizado con las respuestas que puedo oír en semejante circunstancia; pero hoy espero que no me juzgue mal un hombre superior por haberle mostrado francamente mi alma.—Se expresaba con la sangre fría de un abogado, de un notario que explican á sus oyentes los medios de llevar adelante un pleito ó los artículos de un contrato. El timbre claro y seductor de su voz no revelaba la menor emoción; únicamente su rostro y su continente, siempre nobles y decentes, me parecieron tener cierta frialdad, una sequedad diplomáticas. Había meditado sin duda sus palabras y preparado el programa de esta escena. ¡Ay de mí! Cuando ciertas mujeres se complacen en desgarrarnos el corazón, cuando se han propuesto clavar en él un puñal y revolverlo en la herida, esas mujeres son adorables, aman ó quieren ser amadas. Llega día en que nos compensan de nuestros dolores, como Dios debe remunerar nuestras buenas obras, según dicen; nos devolverán en placeres el céntuplo del mal cuya violencia saben apreciar: ¿acaso su maldad no está llena de pasión? Pero ¿no es un suplicio el ser torturado por una mujer que nos aprecia? En aquel momento Fedora pisoteaba sin saberlo todas mis esperanzas, destrozaba mi vida y destruía mi porvenir con la fría indiferencia y la inocente crueldad del niño que por curiosidad desmenuza las alas de una mariposa.—Confío, añadió Fedora, en que más adelante reconocerá usted la solidez del afecto que brindo á mis amigos. Siempre me verá usted buena

y leal para ellos. Sabría dar por ellos mi vida, pero usted me despreciaría si aceptase su amor sin compartirlo. No paso de aquí; usted es el único hombre á quien he dicho estas últimas palabras.—Al pronto no supe qué contestar, y me costó trabajo reprimir el huracán que se formaba en mi interior; pero en breve relegué mis sensaciones al fondo de mi alma, y me sonreí al responder:—Si le dijera á usted que la amo, me despediría: si me acuso de indiferencia, me castigaría usted. Los curas, los magistrados y las mujeres nunca se quitan del todo sus largas vestimentas. El silencio no prejuzga nada; permita usted, pues, señora, que me calle. Para haberme dirigido admoniciones tan fraternales, es menester que haya usted temido perderme, y esta idea podría satisfacer mi orgullo. Pero dejemos aparte la personalidad. Usted es quizás la única persona con la cual pueda yo discutir como filósofo una resolución tan contraria á las leyes de la naturaleza. Con relación á los otros individuos de su especie, es usted un fenómeno. Pues bien, busquemos juntos y de buena fe la causa de esta anomalía psicológica. ¿Hay en usted, como en otras muchas mujeres orgullosas de sí mismas, prendadas de sus perfecciones, un sentimiento de egoísmo refinado que hace que la horrice la idea de pertenecer á un hombre, desprenderse de su albedrío y estar sujeta á una superioridad convencional que las ofende? En este caso, me parecería usted mil veces más bella. ¿La primera vez que ha amado usted ha sido maltratada por el amor? El valor que debe usted atribuir á la elegancia de su talle, á ese delicioso cuerpo, ¿la hace temer los menoscabos que en ellos causa la maternidad? ¿No será ésta una de las

mejores razones secretas que tiene usted para negarse á ser demasiado amada? ¿Tiene usted imperfecciones que la hagan virtuosa á pesar suyo? No se enfade usted; discuto, estudio, estoy á mil leguas de la pasión. La naturaleza, que hace ciegos de nacimiento, puede muy bien crear mujeres sordas, mudas y ciegas en amor. A decir verdad, es usted un sujeto precioso para la observación médica. No sabe usted bien todo lo que vale. Puede usted tener una aversión legítima á los hombres; por mi parte la apruebo, porque todos me parecen feos y aborrecibles. Pero tiene usted razón, añadí, sintiendo que mi corazón se oprimía, debe usted despreciarnos, porque no hay hombre que sea digno de usted.—No te diré todos los sarcasmos que solté riendo. Pues bien, la palabra más acerada, la ironía más aguda, no pudieron arrancarle un movimiento ni un gesto de despecho. Me escuchaba conservando en sus labios, en sus ojos, su sonrisa habitual, esa sonrisa de la que se revestía como un ropaje, y que era siempre la misma para sus amigos, para sus conocidos, para los extraños.—Me parece que soy bastante complaciente dejando que se me ponga de ese modo en un anfiteatro anatómico, dijo aprovechando un momento durante el cual la miré silencioso. Ya lo ve usted, añadió riendo, no tengo necias susceptibilidades en punto á amistad. ¿Cuántas mujeres castigarían la impertinencia de usted cerrándole la puerta de su casa!—Puede usted arrojarme de la suya sin tener obligación de dar razón alguna de sus severidades.—Y al decir esto me sentía dispuesto á matarla si me hubiera despedido.—Está usted loco, exclamó sonriendo.—¿Ha pensado usted alguna vez en los efectos de un amor violento? Suele darse

el caso de que un hombre desesperado asesine á su amada. Vale más ser muerta que desgraciada, contestó con frialdad. Un hombre tan apasionado abandona un día ú otro á su amada y la deja en la miseria después de haberle comido la fortuna.—Esta aritmética me dejó aturdido. Ví claramente que entre aquella mujer y yo mediaba un abismo, y jamás podríamos comprendernos.—Adiós, le dije friamente.—Adiós, me contestó inclinando la cabeza con ademán amistoso. Hasta mañana.—La contemplé un rato con mirada en que vibraba todo el amor á que renunciaba. Ella estaba de pie y me lanzaba su sonrisa trivial, esa detestable sonrisa de estatua de mármol, con la que parecía expresar el amor, pero frío.

—¡Ay amigo! ¿Podrás concebir bien todos los dolores que sentí al regresar á mi casa lloviendo y nevando, andando por la escarcha de los muelles por espacio de una legua, después de haberlo perdido todo? ¡Oh! ¿Saber que ella ni siquiera pensaba en mi miseria y me creía rico y muellemente llevado en coche! ¿Cuántas ruinas y decepciones! No se trataba ya de dinero, sino de todas las fortunas de mi alma. Iba caminando al azar, discutiendo conmigo mismo las palabras de aquella extraña conversación, y me perdía de tal modo en mis comentarios, que acababa por dudar del valor nominal de los vocablos y de las ideas. Y seguía amando; amaba á aquella mujer fría cuyo corazón quería ser conquistado á cada momento y que, borrando siempre las promesas de la víspera, se portaba al otro día cual una nueva amada. Al pasar por los postes del Instituto, me sobrecogió un estremecimiento febril; entonces me acordé de que estaba todavía en ayunas y no

tenía un céntimo. Para colmo de desdicha, la lluvia me estropeaba el sombrero. ¡Cómo podría en lo sucesivo acercarme á una mujer elegante y presentarme en un salón sin un sombrero decente? Gracias á mis solícitos cuidados y maldiciendo la moda necia é insulsa que nos obliga á exhibir nuestros sombreros llevándolos constantemente en la mano, había conservado el mío hasta entonces en un estado dudoso. Sin ser curiosamente nuevo ó secamente viejo, desnudo de barba ó muy sedoso, podía pasar por el sombrero de un hombre cuidadoso; pero su existencia artificial llegaba á su último período; estaba herido de muerte, desechado, concluído, verdadero harapo, digno representante de su amo. Por falta de treinta sueldos, perdía mi industriosa elegancia. ¡Ah! ¡Cuántos sacrificios ignorados había yo hecho á Fedora en tres meses!

A menudo consagraba el dinero que necesitaba para el pan de una semana en ir á verla un momento. Dejar mis trabajos y ayunar no significaba nada; pero atravesar las calles de París sin salpicarse de lodo, correr para evitar la lluvia, llegar á su casa tan bien vestido como los fatuos que la rodeaban, ¡ah! esta tarea tenía dificultades sin cuento para un poeta enamorado y distraído. Mi ventura, mi amor dependían de una cazcarria caída en mi único chaleco blanco. ¡Renunciar á verla si me manchaba de barro, si me mojaba! ¡No tener cinco sueldos para que un limpiabotas me limpiara el calzado! Mi pasión había crecido con todos estos pequeños suplicios desconocidos, inmensos, en un hombre irritable. Los desgraciados tienen abnegaciones de las cuales no les está permitido hablar á las mujeres que viven en una esfera de lujo y elegancia, pues

ellas ven el mundo á través de un prisma que tiñe de oro los hombres y las cosas. Esas mujeres, optimistas por egoísmo, crueles por buen tono, se eximen de reflexionar en nombre de sus goces y se absuelven de su indiferencia para con la desgracia, atribuyéndola á la precisión de divertirse. Para ellas, un dinero nunca es un millón, pero un millón les parece un dinero. Si el amor debe ahogar por su causa á costa de grandes sacrificios, también debe cubrirlas delicadamente con un velo, sepultarlas en el silencio; mas al prodigar su fortuna y su vida, al sacrificarse, los hombres ricos aprovechan los prejuicios del gran mundo que dan siempre cierto esplendor á sus amorosas locuras; para ellos el silencio habla y el velo es una gracia, mientras que mi espantosa penuria me condenaba á grandes sufrimientos sin que me fuera permitido decir: ¡Amo! ó ¡Muero! Pero bien mirado, ¿era esto abnegación? ¿No tenía la más valiosa de las recompensas en el placer que sentía inmóvil todo para ella? La condesa había atribuido grandes valores, agregado excesivos goces á los accidentes más vulgares de mi vida. Siendo antes poco mirado en cuestión de vestir, respetaba ahora mi frac como otro yo. Entre recibir una herida ó un desgarrón en mi frac, no habría vacilado. Tú debes considerar mi situación y comprender los rabiosos pensamientos, el frenesí creciente que me agitaba al ir á mi casa y que tal vez mi marcha misma contribuía á animar. Sentía cierto júbilo infernal por verme en la cúspide de la desventura: quería ver un presagio de fortuna en esta crisis postrera; pero el mal tiene tesoros sin fondo.

La puerta de mi casa estaba entreabierta. Al través

de los calados en forma de corazón que había en el postigo, ví una luz que se reflejaba en la calle. Paulina y su madre estaban hablando mientras me esperaban. Oí pronunciar mi nombre y escuché.—Rafael, decía Paulina, es mucho más guapo que el estudiante del número siete. ¡Son de un color tan bonitos sus cabellos rubios! ¿No notas en su voz un no sé qué, algo que nos agita el corazón? Y además, aunque parezca un poco orgulloso, es tan bueno, tiene unos modales tan distinguidos. ¡Oh! Te digo que es muy guapo. Estoy segura de que todas las mujeres deben estar locas por él. —Hablas de él como si le amaras, dijo la señora Gaudín.—Le quiero como á un hermano, contestó Paulina riendo. Sería muy ingrata si no sintiera por él verdadera amistad. ¿No me ha enseñado música, dibujo, gramática, en una palabra, todo lo que sé? Querida mamá, no te fijas mucho en mis progresos; pero voy adquiriendo tanta instrucción, que dentro de algún tiempo estaré en aptitud de dar lecciones y entonces podremos tener criada.—Me retiré calladamente, y después de hacer algún ruido entré en la sala para coger mi lámpara, que Paulina se apresuró á encender. La pobre niña acababa de derramar un bálsamo delicioso en mis heridas. Aquel sincero elogio de mi persona me infundió un poco de valor. Yo tenía necesidad de creer en mí mismo y de allegar una opinión imparcial sobre el verdadero mérito de mis cualidades. Mis esperanzas, por tal manera reanimadas, se reflejaron quizás en las cosas que veía. Quizás también no había examinado aún con bastante detenimiento la escena que con sobrada frecuencia ofrecían á mis miradas las dos mujeres en medio de aquella sala; pero entonces admiré en su rea-

lidad el cuadro más delicioso de aquella naturaleza modesta tan ingenuamente reproducida por los pintores flamencos. La madre, sentada junto á una chimenea casi apagada, hacía calceta y dejaba vagar por sus labios una plácida sonrisa. Paulina metía en color pantallas; sus colores, sus pinceles, extendidos en una mesita, hablaban á los ojos con vistosos efectos; pero habiéndose levantado para encender mi lámpara, la luz de ésta daba de lleno en su blanco rostro. Era preciso estar subyugado por una terrible pasión para no admirar sus manos transparentes y sonrosadas, su cabeza ideal y su virginal actitud. La noche y el silencio prestaban su encanto á aquella laboriosa velada, á aquel hogar tranquilo. Aquellos trabajos continuos y alegremente soprotados, atestiguaban una resignación religiosa llena de sentimientos elevados. Entre las cosas y las personas existía allí una armonía indefinible. En casa de Fedora el lujo era seco; despertaba en mí malos pensamientos, mientras que aquella humilde miseria y aquel buen natural me refrescaban el alma. Quizás estaba yo humillado en presencia del lujo, mientras que junto á aquellas dos mujeres, en medio de aquella sala obscura en que la vida simplificada parecía refugiarse en las emociones del corazón, tal vez me reconciliaba conmigo mismo al encontrar modo de ejercer la protección que el hombre se enorgullece en dispensar.

Cuando estuve junto á Paulina, me echó una mirada casi maternal, y exclamó temblándole las manos y dejando la lámpara:—¡Dios mío! ¡Qué pálido está usted! ¡Y viene calado! Mi madre le secará á usted, señor Rafael, repuso después de una ligera pausa; á usted le gusta mucho la leche; esta noche hemos teni-

do, ¿quiere usted probarla?—Y saltando como un gatito hacia donde había un tazón de porcelana lleno de leche, me lo trajo con tanta solicitud, me lo acercó á la boca con tanto donaire, que me hizo titubear.—¿Me desafiara usted?—preguntóme con voz alterada. Nuestros dos orgullos se comprendían: Paulina parecía no llevar á bien su pobreza, y vituperarme por mi altanería. Me enternecí; y aunque aquella leche quizás fuera su desayuno del día siguiente, la acepté. La pobre joven procuró disimular su alegría, pero brillaba en sus ojos.—Ya me hacía falta, dije sentándome. (A su rostro trascendió una expresión cavilosa.) ¿Se acuerda usted, Paulina, de aquel pasaje de Bossuet en que nos cuenta á Dios concediendo un vaso de agua por recompensa más rica que una victoria?—Sí, dijo. Y su seno palpitaba como el de una pequeña alondra en manos de un niño.—Pues bien, como no nos separemos pronto, añadí con voz insegura, permítame usted que le atestigüe todo mi agradecimiento por los cuidados que me han dispensado usted y su madre.—¡Oh! No hay que hacer caso de eso, contestó riendo. Su risa ocultaba una emoción que me hizo daño.—Mi piano es uno de los mejores que han salido de casa de Erard, repuse fingiendo no haber oído sus palabras; acéptele usted. Quédese con él sin escrúpulo, porque á la verdad, no podría llevármelo en el viaje que pienso hacer.—El acento de melancolía con que pronuncié estas palabras hizo que aquellas mujeres me comprendieran al parecer y que me mirasen con una curiosidad mezclada de susto. El afecto que yo buscaba en las frías regiones del gran mundo residía allí verdadero, perdurable, sin fausto.—No hay que tomar la cosa tan por

lo serio, dijo la madre. Siga usted aquí. A estas horas mi marido debe estar en camino, añadió. He leído el evangelio de San Juan mientras Paulina tenía suspendida entre sus dedos nuestra llave atada á la Biblia, y la llave ha dado vueltas. Este presagio anuncia que Gaudin está bueno y que prospera. Paulina ha repetido la prueba para usted y para el joven del número siete, pero la llave no ha dado vueltas más que para usted. Seremos todos ricos, pues Gaudin volverá millonario. Le he visto en sueños en un barco lleno de serpientes; por fortuna el agua estaba turbia, lo que significa oro y piedras preciosas de ultramar. Estas palabras amistosas y vacías, semejantes á las insulsas canciones con las cuales una madre adormece los dolores de su hijo, me devolvieron cierta calma. El acento y la mirada de la buena mujer exhalaban esa dulce cordialidad que no disipa la pena, pero que la aminora, la halaga y la embota. Paulina, más perspicaz que su madre, me examinaba con inquietud, y su ojos inteligentes parecían adivinar mi vida y mi porvenir. Dí gracias con una inclinación de cabeza á la madre y á la hija, y en seguida me marché, temiendo enternecerme.

Quando me encontré solo en mi cuarto, me acosté con mi desventura. Mi fatal imaginación me trazó mil proyectos sin base y me dictó resoluciones imposibles. Cuando un hombre escarba los escombros de su fortuna, todavía encuentra en ellos algunos recursos; pero yo estaba en la nada. ¡Ay amigo mío! No asucemos demasiado fácilmente á la miseria; seamos indulgentes para los efectos del más activo de todos los disolventes sociales. Donde reina la miseria, no hay pudor, ni crímenes, ni virtud. Yo estaba entonces sin ideas, sin fuer-

za, como una joven postrada de hinojos ante un tigre. Un hombre sin pasión y sin dinero que ama no se pertenece ya ni puede matarse. El amor nos da una especie de religión para nosotros mismos, respetamos en nosotros otra vida, y entonces es la más horrible de las desgracias, desgracia con una esperanza, pero esperanza que nos hace aceptar torturas. Me dormí con la idea de ir al día siguiente á confiar á Rastignac la singular determinación de Fedora.—¡Hola, hola! me dijo mi amigo al verme entrar en su casa á las nueve de la mañana; ya sé lo que te trae por aquí; Fedora te habrá despedido. Algunas buenas almas, envidiosas de tu imperio sobre la condesa, han propalado la especie de que os casábais; Dios sabe las locuras que tus rivales te han achacado y las calumnias de que has sido objeto.—Entonces todo se explica, exclamé. Acordéme de todas mis impertinencias y me pareció la condesa sublime. En mi concepto, yo era un infame que todavía no había padecido bastante, y no vi en su indulgencia más que la paciente caridad del amor.—Vamos poco á poco me dijo el prudente gascón. Fedora tiene la penetración natural de las mujeres egoístas; quizás te haya juzgado en el momento en que no veías en ella más que su fortuna y su lujo; á pesar de tu destreza, habrá leído en tu alma. Es bastante disimulada para perdonar todo disimulo. Créo haberte metido por mal camino. A pesar de la sutileza de su ingenio y de sus procedimientos, esa criatura me parece imperiosa como todas las mujeres para quienes el placer reside solamente en la cabeza. Para ella toda la felicidad consiste en el bienestar de la vida, en los negocios sociales; en ella el sentimiento es un papel de comedia; te haría

desgraciado y te convertiría en su criado principal.—Rastignac hablaba á un sordo. Le interrumpí exponiéndole con aparente alegría mi situación financiera.—Anoche, me contestó, una suerte contraria se me llevó todo el dinero de que podía disponer; á no ser por este vulgar infortunio, partiría de buen grado mi bolsa contigo. Pero vamos á almorzar á la fonda; las ostras nos darán quizás un buen consejo.—Vistióse mandó enganchar su tilburi, y, como si fuéramos dos millonarios, entramos en el café de París con la impertinencia de esos audaces especuladores que viven contando sus capitales imaginarios. Aquel gascón endemoniado me confundía con la soltura de sus modales y su aplomo imperturbable. Cuando estábamos tomando café después de un almuerzo muy delicado y mejor combinado, Rastignac, que no hacía más que dar cabezadas saludando una porción de jóvenes recomendables por sus gracias personales y por la elegancia de sus trajes, me dijo al ver entrar á uno de esos "dandys:"—Ahí tienes lo que necesitas.—E hizo señas á un caballero muy almidonado, que parecía buscar mesa á su gusto, para que se acercara á hablarle.—Ese mozo, me dijo Rastignac al oído, está condecorado por haber publicado obras que no entiende; es químico, historiador, novelista, publicista; tiene cuartos, tercios, mitades en no sé cuántas obras teatrales y es ignorante como un asno. No es un hombre, sino un nombre, una etiqueta conocida del público. Por eso se guardará de entrar en esos gabinetes en los que se lee esta inscripción: "Aquí puede escribir uno mismo." Es tan listo que sería capaz de burlar á todo un congreso.

En una palabra: es un mestizo en moral, ni enteramente probo, ni enteramente bribón. Pero como ha tenido desafíos, el mundo no pide más y dice de él: Es hombre de honor.—¿Qué tal, mi excelente amigo, mi distinguido amigo, cómo está. Vuestra Inteligencia? le dijo Rastignac en el momento en que se sentaba á la mesa contigua.—Ni bien ni mal; abrumado de trabajo. Tengo entre manos los materiales necesarios para escribir memorias históricas curiosísimas, y no sé á quién referirlas, lo cual me preocupa, pues hay que apresurarse, porque las memorias van á pasar de moda.—¿Son memorias contemporáneas, antiguas, de la corte ó sobre qué? —Sobre el asunto del Collar.—¡Qué milagro! me dijo Rastignac riendo, y volviéndose al especulador añadió señalándome:—El señor de Valentín, amigo mío, á quien le presento á usted como una de nuestras futuras celebridades literarias. Tuvo en otro tiempo una tía marquesa, muy bienquista en la corte, y hace dos años que está trabajando en una historia realista de la Revolución.—E inclinándose al oído de aquel singular negociante, añadió:—Es un hombre de talento, pero un majadero que puede escribir las memorias que desea usted, poniéndolas el nombre de su tía, por cien escudos tomo.—Me conviene, contestó el otro alzándose la corbata. Mozo, ¿y mis ostras?—Bien, pero me dará usted veinticinco lises de comisión y le pagará un tomo por adelantado.—No, no; sólo adelantaré cincuenta escudos para estar más seguro de tener pronto mi manuscrito.—Rastignac me repitió esta conversación mercantil en voz baja. Luego, sin consultarme, respondió:—Estamos conformes. ¿Cuándo podemos ir á ver á usted para cerrar el trato?—

Vengan ustedes á comer aquí mañana á las siete.—Nos levantamos. Rastignac pagó el almuerzo, se metió la cuenta en el bolsillo y salimos.

Yo estaba maravillado de la ligereza, de la indiferencia con que mi amigo había vendido á mi respetable tía la marquesa de Montbaurón.—Prefiero embarcarme para el Brasil y enseñar allí el álgebra á los indios antes que manear el nombre de mi familia, dije.—Rastignac soltó una carcajada.—¡Qué tonto eres! Toma desde luego los cincuenta escudos y escribe las memorias. Cuando estén acabadas te negarás á poner el nombre de tu tía, majadero. Madame de Montbaurón, su tonillo, sus consideraciones, su belleza, sus afeites y sus chinelas valen más de seiscientos francos. Si el librero no quiere entonces pagar á tu tía lo que vale, siempre encontrará algún viejo caballero de industria ó cualquier desarrapada condesa para firmar las memorias.—¡Oh! exclamé, ¿por qué habré salido de mi virtuosa buhardilla? El mundo tiene cosas asquerosamente innobles.—Está bien, contestó Rastignac; ¿con poesías te vienes? Eres una criatura. Oyeme: por lo que hace á las memorias, el público las juzgará; en cuanto á mi proxeneta literario, ¿no ha gastado ocho años de su vida y pagado con pruebas crueles sus relaciones con la librería? Compartiendo desigualmente con él el trabajo de su libro, ¿no es también la mejor tu parte de dinero? Veinticinco lises son para tí una cantidad mucho más importante que mil francos para él. Bien puedes escribir memorias históricas, obras de arte como ninguna, cuando Diderot hizo seis sermones por cien escudos.—La verdad es que necesito esa suma, contesté conmovido, y debo darte las gracias, mi buen

amigo. Con veinticinco luises seré rico.—Y más de lo que te figuras, replicó riendo. Si Finot me paga una comisión en este negocio, ¿no adivinas qué será para tí? Vamos al bosque de Boulogne; allí veremos á tu condesa, y te enseñaré una linda viudita con la que me debo casar, una persona simpática, alsaciana un tanto gruesa, que lee á Kant, Schiller, Juan Pablo y una porción de libros hidráulicos. Tiene la manía de pedirme en todo mi parecer, y me veo obligado á suponer que comprendo toda esa sensiblería alemana, que conozco un montón de baladas, drogas todas que el médico me ha prohibido. Aún no he podido hacerle perder su entusiasmo literario: hora á chaparrones leyendo á Goethe, y yo también he de llorar un poco, siquiera por complacencia ó porque tiene cincuenta mil libras de renta y el pie más pequeño y la mano más bonita de la tierra. ¡Ah! Si no dijera mi “ánquel” y “enocarse” por “ángel” y “enojarse,” sería una mujer cabal.—Vimos á la condesa elegantísima en un carruaje. La coqueta nos saludó afectuosamente sonriéndose de un modo que me pareció divino y lleno de amor. ¡Ah! En aquel momento era yo feliz; me creía amado; tenía dinero y tesoros de pasión; por consiguiente nada de miseria. Aliviado de mis tristezas, alegre, satisfecho de todo, me pareció muy bella la novia de mi amigo. Los árboles, el aire, el cielo, la naturaleza entera parecían repetirme la sonrisa de Fedora. Al volver de los Campos Eliseos fuimos á casa del sombrerero y del sastre de Rassignac. El negocio del Collar me permitió dejar mi miserable pie de paz para ponerme en formidable pie de guerra. En lo sucesivo podía competir sin miedo en gracia y elegancia con los jóvenes que andaban alre-

dor de Fedora. Regresé á mi casa, quedándome tranquilo en la apariencia junto á mi claraboya, pero despidiéndome para siempre de mis tejados, viviendo en el porvenir, dramatizando mi vida, forjándome ilusiones con el amor y su delicias. ¡Ah! ¡Cómo puede llegar á ser borrascosa una existencia entre las cuatro paredes de una buhardilla! El alma humana es una hada que convierte una paja en brillantes; al golpe de su mágica varita brotan palacios encantados, con las flores silvestres á las cálidas inspiraciones del sol.

Al día siguiente á eso del mediodía, Paulina llamó suavemente á mi puerta, y me entregó, ¿adivínese qué? una carta de Fedora. La condesa me rogaba que fuera á buscarla al Luxemburgo para ir juntos al Museo y al Jardín de Plantas.—Un mandadero espera la contestación, me dijo Paulina después de un momento de silencio. Escribí rápidamente cuatro líneas de agradecimiento que Paulina se llevó; me vestí, y en el momento en que, satisfecho de mí mismo, iba á salir, me sobresaltó esta idea: ¿Fedora habrá ido en coche ó á pie? ¿Lloverá ó hará buen tiempo? Y, ya vaya en coche ó á pie, puede estar uno seguro del genio caprichoso de una mujer? No llevará dinero, y si á mano viene querrá dar cien sueldos á cualquier saboyano que vaya vestido de vistosos andrajos. Yo no tenía un céntimo ni debía tener dinero hasta la noche. ¡Oh! ¡Cuán cara paga un poeta, en estas crisis de nuestra juventud, la potencia intelectual de que le dotan el régimen y el trabajo! En un instante me asaletaron como otros tantos dardos mil pensamientos vivos y dolorosos. Miré el cielo por mi claraboya y ví que el tiempo estaba inseguro. En último resultado, podía alquilar un coche

por todo el día; pero, en medio de mi satisfacción, ¿no me asaltaría á cada momento el recelo de no encontrar á Finot por la noche? No me sentí bastante fuerte para soportar tantos temores en el seno de mi alegría. A pesar de la incertidumbre de no encontrar nada emprendí una gran exploración por mi cuarto, busqué escudos imaginarios, hasta en las profundidades de mi jergón, lo registré todo y hasta sacudí unas botas viejas. Lleno de nerviosa fiebre, miré mis muebles con ojos extraviados después de removerlos todos. ¡Comprenderás el delirio de mi ánimo cuando al abrir por séptima vez el cajón de mi mesa que registraba con esa especie de indolencia que nos sume en la desesperación, divisé pegada á una tabla lateral, solapadamente agazapada pero limpia, brillante, luciente como una estrella cuando sale, una hermosa y noble moneda de cinco francos! No le pedí cuenta de su silencio ni de la crueldad de que se había hecho culpable permaneciendo escondida de aquel modo, sino que la besé como á un amigo fiel y le dí la bienvenida con un grito que encontró eco. Volvíme bruscamente y ví á Paulina que se había puesto pálida.—He creído que se había hecho usted daño, me dijo. El mandadero.... Se interrumpió como si se sofocara. Pero mi madre le ha pagado, añadió.—Y en seguida echó á correr, infantil y locuela como un capricho. ¡Pobre niña! Le descaba mi dicha. En aquel momento me parecía tener en el alma todo el placer de la tierra y habría querido restituir á los desgraciados la parte que á mi parecer les robaba.

Casi siempre se realizan los presentimientos adversos. La condesa había despedido su coche. Por uno de esos caprichos que las mujeres bonitas no se explican

siempre á sí mismas, quería ir al jardín de Plantas por los bulevares y á pie.—Es que va á llover le dije. Tuvo gusto en contradecirme. Por casualidad no llovió mientras anduvimos por el Luxemburgo; pero al salir de allí un nubarrón cuya marcha me tenía inquieto comenzó á desprender gruesas gotas y tuvimos que subir á un coche. Cuando llegamos á los bulévares, cesó la lluvia y se despejó el cielo. Ya en el Museo quise despedir el coche, pero Fedora me rogó que no lo hiciera. ¡Cuántas torturas! Pero hablar con ella comprimiendo un secreto delirio que sin duda traslucía á mi rostro con alguna sonrisa necia, vaga; pasear por el jardín de Plantas, recorrer sus frondosas alamedas y sentir su brazo en el mío, había en todo ello algo de fantástico; era un sueño en medio del día. Y sin embargo, sus movimientos, ya anduviera, ya nos detuviéramos, no tenían nada de dulce ni de amoroso; á pesar de su aparente abandono. Cuando procuraba asociarme en cierto modo á la acción de su vida, encontraba en ella una íntima y secreta vivacidad, algo de anormal, de excéntrico. Las mujeres sin alma no tienen nada de suave y blando en sus ademanes. Así era que no estábamos unidos ni por una misma voluntad ni por un mismo paso. No hay palabras para expresar ese desacuerdo material de dos seres porque no estamos aún acostumbrados á reconocer un pensamiento en el movimiento. Este fenómeno de nuestra naturaleza se siente intuitivamente, pero no se expresa. Durante estos violentos paroxismos de mi pasión, repuso Rafael después de una pausa, y como si respondiera á una objeción que se hubiera hecho á sí mismo, no he disecado mis sensaciones, analizado mis pasiones, ni medido los

latidos de mi corazón, como un avaro examina y pesa sus monedas de oro. ¡Oh, no! La experiencia derrama hoy su triste luz sobre los sucesos pasados, y el recuerdo me reproduce esas imágenes como cuando reina bonanza las oías del mar arrancan á la playa una por una las reliquias de un naufragio.—Puede usted hacerme un gran favor, me dijo la condesa mirándome con aire confuso. Después de haberle confiado á usted mi antipatía al amor, me creo más libre reclamando de usted un servicio en nombre de la amistad. ¿No tendría usted hoy más mérito en hacerme un favor?—Yo la miraba con dolor. Como no sentía nada á mi lado, estaba halagadora, pero no afectuosa; parecíame que representaba un papel como actriz consumada, y luego de pronto su acento, una mirada, una palabra despertaban mis esperanzas; pero si mi amor reanimado se retrataba entonces en mis ojos, ella afrontaba sus rayos sin que se alterase la claridad de los suyos, porque, como los de los tigres, parecían estar forrados de una hoja de metal. En tales momentos, la detestaba.—La protección del duque de Navarreins, prosiguió diciendo con melifluas inflexiones de voz, me sería muy útil para con una persona muy poderosa en Rusia y cuya intervención necesito para que se me haga justicia en un asunto que tiene conexión con mi fortuna y con mi estado en la sociedad, toda vez que se trata del reconocimiento de mi matrimonio por el emperador. ¿No es primo de usted el duque de Navarreins? Una carta suya lo decidiría todo.—Soy todo de usted, puede mandarme lo que guste.—Es usted muy amable, dijo apretándome la mano. Venga usted á comer conmigo y se lo diré todo como á un confesor.—Aquella mujer tan

desconfiada, tan discreta y á la que nadie había oído decir una palabra acerca de sus intereses, iba á consultarme.—¡Oh! ¡Cuán satisfecho estoy ahora del silencio que me ha impuesto usted! exclamé. Pero yo habría querido una prueba más ruda todavía. En aquel momento aceptó la embriaguez de mis miradas y no se resistió á mi admiración; por consiguiente amaba.

Llegamos á su casa. Por fortuna pude pagar el cochero. Pasé deliciosamente el día solo con ella, en su casa. Era la primera vez que podía verla así. Hasta aquel día, la sociedad con su molesta cortesía y su frío modo de ser nos había separado, aun durante los suntuosos banquetes; pero entonces estaba yo en su casa como si hubiera vivido bajo su techo, la poseía, por decirlo así. Mi vagabunda imaginación rompía las trabas, arreglaba á mi gusto los sucesos de la vida, y me sumía en las delicias de un amor afortunado. Creyéndome su esposo, me recreaba viéndola ocupada en menudos detalles, y hasta me consideré dichoso al ver cómo se quitaba su chal y su sombrero. Me dejó solo un momento, y volvió después de haberse arreglado el peinado, hechicera. ¡Habíase hecho aquel bonito tocado para mí! Durante la comida me prodigó toda clase de atenciones y desplegó gracias sin cuento en mil cosas que me parecen nonadas y son sin embargo la mitad de la vida. Cuando estuvimos los dos delante de un buen fuego, sentados sobre la seda, rodeados de las más apetecibles creaciones de un lujo oriental; cuando ví cerca de mí á aquella mujer cuya renombrada belleza hacía palpitár tantos corazones, aquella mujer tan difícil de conquistar, hablándome, haciéndome objeto de todas las coqueterías, mi voluptuosa felicidad dege-

neró casi en sufrimiento. Por mi desdicha, me acordé del negocio que debía concluir, y quise acudir á la cita que se me había dado el día anterior — ¡Cómo! ¿Se va usted ya? me dijo al ver que cogía el sombrero. — ¡Me amaba! Así lo creí al menos al oírle pronunciar aquellas palabras con cariñoso acento. Para prolongar mi éxtasis, habría trocado de buen grado dos años de mi vida por cada una de las horas que tenía á bien concederme. Mi dicha aumentó en proporción de todo el dinero que perdía. Era ya media noche cuando me dejé marchar. Sin embargo, al día siguiente mi heroísmo me costó muchos remordimientos, pues temí haber perdido el negocio de las memorias, tan capital para mí; corrí á casa de Rastignac y fuimos á sorprender en el momento de levantarse al tutelar de mis trabajos futuros. Finot me leyó un acta que había extendido y en la que no figuraba el nombre de mi tía, y después de firmarla me entregó cincuenta escudos. Almorzamos los tres. Cuando habe pagado mi sombrero nuevo, sesenta vales á treinta sueldos y mis deudas, sólo me quedaron treinta francos; pero todas las dificultades de la vida resultaban allanadas por unos cuantos días. Si hubiera querido dar oídos á Rastignac, podía disponer de tesoros adoptando con toda franqueza el "sistema inglés." Se empeñaba en abrirme un crédito y hacerme contraer empréstitos, pretendiendo que éstos sostendrían el crédito. En su concepto, el porvenir era el más considerable de todos los capitales del mundo. Hipotecando así mis deudas sobre futuros contingentes, me hizo parroquiano de su sastre, artista que comprendía lo que era ser joven y se comprometía á dejarme tranquilo hasta mi casamiento.

Desde aquel día rompí con la vida monástica y estudiosa que llevaba hacía tres años. Iba con mucha asiduidad á casa de Fedora, donde procuré aventajar en apariencia á los impertinentes y á los héroes de camarilla que la frecuentaban. Creyendo haberme librado para siempre de la miseria, recobré mi libertad de espíritu, confundí á mis rivales y pasé por hombre de seducciones, prestigioso, irresistible. Sin embargo, las personas expertas decían hablando de mí: "un joven de tanto talento no debería tener pasiones más que en la cabeza." Encomiaban caritativamente mi genio á expensas de mi sensibilidad. "¿Qué feliz es en amar! decían. Si amara, ¿tendría tanta alegría, tanta facundia?" Y sin embargo, en presencia de Fedora, estaba estúpidamente enamorado. Cuando me hallaba solo con ella no sabía decirle nada, ó si hablaba, maldecía de mi amor; estaba tristemente alegre, como cortesano que quiere disimular un despecho cruel. En fin, procuré hacerme indispensable á su vida, á su felicidad, á su vanidad; todos los días junto á ella era un esclavo, un juguete constantemente á sus órdenes. Después de desperdiciar el día de este modo, volvía á mi casa para trabajar de noche, sin dormir más que dos ó tres horas por la mañana. Pero no teniendo, como Rastignac, la costumbre del sistema inglés, pronto me ví sin un sueldo. Desde entonces, amigo mío, fatuo sin conquistas, elegante sin dinero, enamorado anónimo, volví á esa vida precaria, á esa fría y profunda desventura cuidadosamente oculta bajo las falaces apariencias del lujo. Volví á sentir mis primeros sufrimientos, pero menos agudos; sin duda me había familiarizado con sus terribles crisis. Los pasteles y el té, ofrecidos con tan-